

¡D. ENRIQUE HA MUERTO!

Estas fueron las primeras palabras que el día 27 del mes pasado, por la mañana, oímos con espanto al salir a la calle, refiriéndose a nuestro respetado y amadísimo Director. “¡D. Enrique ha muerto!...”. Y quedamos mudos, asombrados, sin movimiento, heridos en lo más profundo del corazón, sin acertar a pensar, ni sentir, ni desplegar los labios en tales momentos. ¡Dios mío! Aquello no podía ser; aquello no era; debían engañarse... ¿Por qué nos habían dicho aquella palabra tan extraña, tan inverosímil, tan cruel, tan imposible? Fuimos apresurados, casi tambaleándonos, a ver a las Hermanas de la Compañía y...su estupefacción y sus lágrimas nos lo dijeron todo. Nuestros ojos se humedecieron, salieron nuestras lágrimas ante la idea de aquella muerte. ¡Bendito sea el Señor!” – exclamamos para fortificar nuestro corazón que desfallecía.- ¡Hágase, Dios mío, vuestra santísima voluntad en todas las cosas y en todos vuestros siervos!

Sí, lectores teresianos: nuestro Director D. Enrique de Ossó, cuyos artículos habéis venido leyendo y saboreando con fruición tan íntima, con tanta edificación para vuestras almas; el fervor, apasionado apóstol de la devoción a Santa Tresa de Jesús, a quien no parecía sino que el Señor le había enviado para extender por todas partes las sabrosísimas llamas de ese celestial y santificantes amor; el Fundador ilustre de la popularísima Archicofradía Teresiana, de la “Compañía de Santa Teresa de Jesús”; el autor de tantos libros que, como el *Cuarto de hora de oración*, han alcanzado en pocos años quince numerosas ediciones; nuestro amigo del alma y compañero muy querido desde hace más de cuarenta años, casi toda la vida, ¡ha muerto!

Pero ha muerto, como había vivido, ¡ha muerto en el Señor, como mueren los justos, en su santa Casa, trabajando por Él, pensando sólo en Él y en su alma, colocado en santa soledad! ¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!

El día 27 de este mes, así que se recibió por las Hermanas del Colegio Mayor un telegrama anunciando la tristísimo noticia, la Superiora General, que hace mucho tiempo se halla bastante delicada de salud, con la consternación que es de suponer, dispuso que sin perder tiempo, se pudiesen en camino tres Hermanas del Consejo, la Visitadora General, la Prefecta de Estudios y la Procuradora General, y aunque antes de llegar al Convento *Sancti Spiritus* (cerca de Sagunto, Valencia) ya supusieron que se había dado sepultura al cadáver, quisieron ir a orar sobre la sepultura, que acaba de cerrarse, de su Padre Fundador, recoger las últimas impresiones, santos recuerdos que acababa de dejar en aquella santa Casa franciscana.

Desde el día 2 de Enero que se hallaba entre aquellos observantes hijos de San Francisco, adonde le había acompañado, desde el Desierto de las Palmas, el Muy Rdo. P. Provincial de los Carmelitas, su amigo, pues, en aquella ocasión, deseaba nuestro Director mayor apartamiento todavía que el que le ofrecía el por él tan visitado y amado Desierto carmelitano. El día 6 predicó en la iglesia del convento sobre la festividad del día. En ese mismo día empezó a practicar santos ejercicios espirituales, los cuales duraron hasta el día trece. Había empezado a escribir algunos libros, y proseguía escribiendo algún otro que había empezado... Estaba muy bueno de salud actualmente, y alternaba sus estudios y trabajos intelectuales con la oración, no sin dedicar alguna hora de la tarde a esparcir su ánimo paseando por los deliciosos alrededores del convento en compañía de los Religiosos y algún otro sacerdote de una parroquia vecina. El día 27, fiesta de la Sagrada Familia y de San Juan Crisóstomo, acompañado de algunos Padres salió a paseo, y como se acercase uno de ellos a una fuente y quisiera beber de ella, D. Enrique, viendo sin duda que su compañero no podía hacerlo cómodamente, después de lavar sus manos las unió formando una como concha para recoger toda el agua posible y hacer que bebiese en ellas.

Aquella misma noche se recogió a la hora de costumbre, y aunque se sentía molestado por algún malestar en su cuerpo, no hizo caso de ello. Mas serían sobre las once y media cuando los Padres, oyendo recios golpes en la puerta de la clausura, bajaron a abrir, conociendo con asombro que quien llamaba no era sino su respetable y venerado huésped D. Enrique, el cual, sintiéndose indudablemente herido de muerte, se había levantado de la cama envuelto en una manta, para llamar a los Religiosos. Al preguntarle éstos a nuestro amigo si se sentía enfermo, les contestó con un movimiento de cabeza que sí. Cogiéronle en sus brazos dos Religiosos para llevarle a la cama. Al llegar a ella, pareciéndole a uno de ellos que nuestro Director se hallaba en los últimos momentos, le dio la absolución sacramental. Apréciales en parte que su querido y venerado huésped estaba muerto, pero se resistían los Padres a creerlo, viendo la flexibilidad de sus miembros y suave paz de su rostro, por lo

cual esperaron por espacio de dos horas a que recobrar los sentidos. Inútilmente lo esperaron. D. Enrique había muerto.

Amador del silencio y de la soledad, no se contentaba nuestro amigo con la vida tan oculta y abstraída que habitualmente llevaba, sino que solía retirarse muy a menudo en lugares todavía más desiertos, como Montserrat, el Desierto de las Palmas, y algún otro, en donde se ejercitaba espiritualmente, escribía sus libros y meditaba alguna nueva empresa a la gloria de Dios y salvación de las almas. Pero esta vez, pocos días antes de morir, escogió y encontró para su retiro un lugar muy recogido a la vez que delicioso, en donde creyó que un le conocerían sus moradores, pues nunca había estado en él, y a donde no era fácil, por otra parte, que llegasen personas conocidas.

¡Descansa, sí, en la gloriosa y bendita paz del señor, sabio, virtuoso y amadísimo Director de esta tu querida Revista, nacida al fecundo calor de tu santo celo! Es verdad que, secada ya tu mano por la muerte y rota tu pluma, empapada siempre en las dulzuras del amor a Jesús, María, José Santa Teresa, no seguirás dejando periódicamente estampadas en estas páginas, como lo hacías, las luminosas huellas de tu alma. Pero... ¿cómo dudarle? Desde el Cielo seguirás, sigues amando lo que aquí tanto amaste en el Señor, bendiciendo y favoreciendo tus obras de celo, así como también a tus amigos sacerdotes, continuadores de ellas; a tus edificantes y valerosas Hijas, las Hermanas de tu predilecta *Compañía*, esparcidas por España, Portugal, África y América; a las piadosas jóvenes de tu *Archicofradía teresiana* que llenan España; a las infantiles asociadas del *Rebañito del Niño Jesús*, a las alumnas de los Colegios teresianos, a los párvulos, que fueron tus delicias; a los suscriptores y lectores de esta Revista, con sus redactores; y a cuantos conociéndote te amaron en la tierra, y hoy lloran inconsolables tu tristísimo e inesperada separación.

JUAN B. ALTÉS, Pbro.

RT. Febrero 1896